

Mailhe y Chabot, enviados para arengar á los grupos, fueron acogidos con los gritos de ¡Mueran los oradores! Hubo un momento en que el terror se apoderó de la Asamblea, porque el recinto exterior fué forzado. Vergniaud, intrépido para no temer su riesgo personal, temió por la vida del rey. Los inspectores del salon, hicieron retirar á la familia real al corredor, á fin de que si el pueblo entraba con las armas en la mano en el salon, no encontrase á las victimas á su alcance. El rey, que creyó que el momento terrible habia llegado para él y su familia, pensó únicamente en libertar á sus servidores, rogándoles que lo abandonasen á su suerte y que pensasen en su propia seguridad. Ninguno de ellos pensó en salvar su vida faltando á sus deberes, y todos se quedaron en donde el honor y la adhesion les mandaban vivir ó morir. Danton acudió: impuso á la multitud con la autoridad de su nombre y el terror de su actitud, si bien pidienda tan solo paciencia y no generosidad á los asesinos: á su voz, los hombres de las picas se contuvieron por un momento aplazando para mas adelante el saciar su sed de sangre. «Legisladores, dijo Danton entrando en la Asamblea, la nacion francesa cansada de despotismo, habia hecho una revolucion: pero generosa, añadió lanzando una mirada amenazadora al sitio en que el rey le escuchaba, ha transigido con los tiranos. La esperiencia le ha probado que no hay ninguna enmienda que esperar de los antiguos opresores del pueblo. Ella va á entrar en el ejercicio de sus derechos... pero donde empieza la justicia, deben detenerse las venganzas populares. Yo me comprometo ante la Asamblea nacional á proteger á las personas que están en su recinto, ¡yo me pondré á la cabeza del pueblo, y respondo de las vidas de aquellas!»

Al pronunciar estas últimas palabras, dirigió una mirada rápida y fiera á la reina, como si una inteligencia secreta ó una compasion soberbia estuviere oculta bajo la aspereza de su discurso y el desden de su actitud.

XIV.

La Asamblea y las tribunas aplaudieron. El pueblo ratificó por fuera con sus aclamaciones la promesa hecha por su favorito, y los suizos se salvaron hasta el 2 de setiembre.

Petion reemplazó á Danton. Libre de su fingida prision, acababa de tomar posesion en el ayuntamiento de una autoridad que no ejercia sino en el nombre. Util el dia anterior á los facciosos, ya les era importuno, pero afectó ante la Asamblea que creia en un poder que se le escapaba. Cuando la obra se concluye, se rompe el instrumento. Petion no era ya sino un cómplice tímido de una conspiracion consumada, no siendo para el pueblo mas que un maniqui popular creado contra el rey, é inútil desde el dia que éste desapareció. Trató, pues, en vano de moderar las exigencias de los comisionados de la municipalidad, y de depositar el poder en su centro legal, es decir, en la Asamblea. El ayuntamiento, entretanto, enviaba órdenes imperiosas bajo la apariencia de súplicas al cuerpo legislativo. Los girondinos, eran como Petion, los soberanos honorarios de una revolucion que los dejaba atrás.

Habiase decretado el dia anterior que Luis XVI habitaria el palacio del Luxemburgo durante la suspension. Este antiguo palacio recordaba demasiado el poder supremo, cuyas huellas queria el ayuntamiento hacer desaparecer de la vista del pueblo, por lo cual hizo presente al cuerpo legislativo que no podia responder del rey en una morada tan vasta, y en la que unos subterráneos inmensos podian favorecer las evasiones ó los complots. La Asamblea para salvar la aparente independencia de sus resoluciones, facultó una comision para señalar la habitacion que debia ocupar el rey. Esta comi-

sion decretó que la familia cautiva habitase el palacio del ministerio de Justicia en la Plaza de Vandome. Este edificio, sito en el centro de Paris, y en una plaza donde se pasaba revista á las tropas, fijaba demasiado las ideas en un poder que aun era peligroso mostrar á los soldados y al pueblo. El ayuntamiento se negó á ejecutar este decreto. Manuel fué en su nombre á pedir que la habitacion del rey, á quien se guardaba como en rehenes, se fijase en el Temple, distante de los recuerdos y emociones de la ciudad; la Asamblea accedió. La eleccion del Temple para la familia real, indicaba las ideas del ayuntamiento y de qué modo interpretaba los acontecimientos que acababan de pasar; en lugar de una residencia régia se le dió una prision.

XV.

Los girondinos solamente lo habian suspendido, la municipalidad degradaba al trono. Roland y sus amigos quisieron prepararse un apoyo contra la omnipotencia de la casa de la ciudad, instituyendo el consejo del departamento, y dándole el ascendiente y la vigilancia que la Constitucion le señalaba sobre el cuerpo municipal, é hicieron proponer esta mocion por uno de los mas oscuros de entre los que les eran adictos, para ocultar la mano que daba el golpe. La municipalidad conoció de dónde salia el tiro y lo previno. Tres veces en el mismo dia envió á pedir humildemente en un principio, con firmeza despues, y con insolencia al fin, la revocacion de un decreto tan atehatorio á su poder. La última comunicacion fué lacónica y amenazadora como una orden soberana. El ayuntamiento fué obedecido.

Otras diputaciones de éste, fueron en seguida á pedir la creacion de una comision militar, para vengar la

sangre del pueblo. La Asamblea eludia la respuesta: «¡Si no me dais el decreto, dijo friamente el orador del ayuntamiento, mi encargo es no moverme de aqui hasta que se me dé!...» Robespierre, en nombre de la seccion de la Plaza Vandome, compareció en la barra: «Pueblo, dijo, aludiendo á las estatuas del rey que echaban abajo en las plazas públicas, cuando la tirania está por tierra, guardaos de darle tiempo de levantarse. Hemos visto caer la estatua de un déspota, y nuestra primera idea ha sido elevar en su lugar un monumento á la libertad. Los ciudadanos que mueren defendiendo la patria en el extranjero estan en segunda fila, en primera se hallan los que mueren por libertarla en el interior.»

En fin, el prusiano Anacarsis Clootz, filósofo errante encargado de difundir su doctrina por todas partes por medio de la palabra, y entusiasmado hasta arriesgar para conseguirlo su fortuna y su sangre, hizo oír á nombre del género humano en la Asamblea nacional, el primer eco producido por el 10 de agosto en el alma de los pueblos impacientes por su esclavitud.

Clootz llevaba su pasion por la humanidad hasta el delirio; pero este delirio era el de la esperanza de la regeneracion universal. Los escépticos lo encontraban ridículo, los patriotas vulgar, y los políticos le llamaban utopista. Sin embargo, Clootz, no se engañaba sino en la oportunidad. Las utopias no son muchas veces sino verdades prematuras: las almas conmovidas por los sacudimientos del momento y fanatizadas por la esperanza, se abren á las perspectivas mas ideales. El filósofo fué escuchado con placer, y las ideas consoladoras que hizo brillar como un iris sobre este horizonte de sangre, suspendieron algunos instantes la lucha de los partidos y el hacha de los asesinos.

XVI.

Después de esta segunda jornada, la familia real fué conducida de nuevo á los Fuldenses. Los testimonios de compasion y de fidelidad de las personas de su escolta, alarmaron al ayuntamiento y á los jacobinos. Santerre relevó aquella guardia y escogió para la custodia del rey unos corazones inaccesibles á la indulgencia é irreconciliables con un *tirano* destronado. La aspereza en los modales y el rigor de las consignas, pusieron de manifiesto al rey el cruel cambio que se habia operado en su suerte. El girondino Grangeneuve, miembro de la comision de vigilancia, cuya oficina estaba en el mismo claustro de las habitaciones del rey, se alarmó tambien en vista del respeto y de la compasion que manifestaba por la familia real el corto número de amigos de que estaba rodeada: creyó que se habia fraguado un proyecto de evasion y dió parte de esta sospecha á sus colegas. La mas sombría de las tiranías es la mas reciente. La comision participó ó fingió participar del miedo de Grangeneuve y ordenó la separacion de todas las personas estrañas á la servidumbre inmediata de la real familia. Esta orden consternó á los generosos artesanos de su cautiverio. El rey entonces hizo llamar á los diputados inspectores del salon. «¿Con qué estoy preso, señores! les dijo con amargura. Carlos I fué mas dichoso que yo, porque á lo menos le dejaron en compañía de sus amigos hasta que fué conducido al cadalso.» Los inspectores bajaron la cabeza, respondiendo su silencio por ellos.

A poco rato fueron á suplicar al rey que pasase á la sala en donde se le habia preparado la cena, permitiendo á sus amigos seguirle. Este fué el último dia en que el rey y la reina fueron servidos con la etiqueta de corte por sus cinco gentiles hombres, etiqueta interesante en aquel

momento porque era voluntaria. El respeto se aumentaba conforme iba en aumento el infortunio. Una tristeza muda y sombría reinaba en esta última cena, conociendo tanto los amos como los servidores fieles, que iban á separarse para siempre. El rey no comió, y retardaba con intencion la hora de levantarse de la mesa, con el fin de prolongar los instantes en que le era permitido aun ver caras amigas. Esta larga despedida cansó la paciencia de los oficiales de guardias, y fué necesario interrumpir aquella larga conversacion. El rey sabia que los cinco gentiles hombres estaban espuestos á que se les pusiese presos al pie de la escalera, aumentando la inquietud que sufría por la suerte de aquellos leales vasallos, el horror que tenia por la suya. En fin, bañado en lágrimas y mirándolos por última vez, trató de hablarles, pero la emocion que experimentaba le impidió hacerlo. «Separémonos, les dijo la reina, desde este instante es cuando sentimos toda la amargura de nuestra situacion. Hasta ahora la habeis mitigado con vuestro respeto y endulzado con vuestras atenciones. Dios os pague un agradecimiento generoso,» y sus lágrimas ahogaron su voz. Entonces hizo que abrazasen á sus hijos hasta los últimos servidores de su familia. La inflexible guardia entró en aquellos momentos tan tiernos, é hizo salir al instante á los gentiles hombres, que bajaron de aquel cuarto por una escalera secreta y salieron del edificio uno á uno disfrazados con unos vestidos prestados para evitar el ser conocidos por la multitud.

XVII.

Mr. de Rohan-Chabot, ayudante de campo de La Fayette, pasó los dos dias con sus noches á la puerta del rey vestido de simple guardia nacional. Reconocido y preso al salir de los Fuldenses fué puesto en la cárcel de la Abadía,

que nose abrió sino á los asesinos de setiembre. La reina, madama Isabel y los príncipes, careciendo de todo desde el saqueo de las Tullerías, recibieron de la embajadora de Inglaterra la ropa blanca y los trages necesarios á la decencia de su posicion social. La familia real pasó un día y medio en la tribuna del logógrafo, pareciendo que el pueblo, como un vencedor cruel, queria gozarse por mucho tiempo en el suplicio y en la ignominia del trono. Solos y sin amigos durante estos últimos dias, su dolor y su vergüenza pasaron sin testigos y sin consuelos. Sus corazones fatigados de tantos ultrages, no pudieron descansar en un poco de compasion. Al mirarse mutuamente, sus ojos no veían sino las mismas lágrimas y los mismos terrores.

A las tres de la tarde del lunes fueron Petion y Manuel con dos coches para conducirlos al Temple. El ayuntamiento, que podia llevar los presos de noche, quiso que el tránsito desde las Tullerías á la prision se hiciese en medio del dia, á paso lento y por los barrios mas concurridos, para que la degradacion del trono tuviese la apariencia y la publicidad de una esposicion á la vergüenza antes del suplicio. Petion y Manuel iban en el coche del rey. Una multitud innumerable formaba calle desde la puerta de los Fuldenses á la del Temple. Las miradas, las acciones, las injurias, las risas burlonas y los mas repugnantes ultrages, se renovaron en todo el tránsito sin interrupcion. La debilidad de las mugeres y la inocencia de los niños, enternecian en vano á algunas almas compasivas que les miraban furtivamente, pero que tenian que ocultar su enternecimiento por no pasar por traidores á la nacion. Petion tenia la costumbre de presidir estas marchas triunfales de la proscripcion. El fué quien habia conducido al rey desde Varennes atravesando por medio de la capital irritada. El fué el que habia puesto al rey el gorro encarnado en la invasion de palacio el 20 de junio, y el que habia felicitado al pue-

blo al despedirlo, y él fué finalmente, el que le condujo á la triste mansion desde donde debia salir al cadalso. Este hombre cruel no le evitó ninguna amargura en el camino, ni hizo nada para dulcificarle su caída, complaciéndose por el contrario en pasearle por medio de su humillacion para hacérsela saborear. Al pasar por la plaza de Vandome le hizo reparar en la estatua derribada de Luis XIV, pisado por aquel mismo pueblo en donde por tanto tiempo habia reinado. El pueblo no queria ya rey ni nada que se lo recordase: todos los símbolos del troble estaban borrados ó mutilados en el camino que llevaban los coches; la mano del pueblo hacia desaparecer asi anticipadamente una institucion sobre la que la Asamblee aun no habia pronunciado. El 10 de agosto fué un decreto ambiguo de la victoria que el ayuntamiento de Paris se apresuró á interpretar con la prision del rey. La vuelta de éste al trono era imposible: el ayuntamiento quiso demostrarlo, Luis XVI lo conoció y cuando despues de dos horas de marcha, los coches rodaron bajo las bóvedas del patio del Temple habia ya abdicado el trono en su corazon y aceptado el patíbulo.